

EL PRIMITIVO FONDO CISNERIANO COMPLUTENSE

Elisa Ruiz

Universidad Complutense de Madrid

El Cardenal Cisneros: un apóstol de la cultura escrita

Alcalá de Henares devino sede universitaria por ser una villa arzobispal. A finales del Doscientos, el rey Sancho iv libró una carta plomada (1293) por la que otorgaba «fazer estudio de Escuelas Generales» en ese núcleo urbano. Existe alguna documentación que testimonia la pervivencia de una institución de manera latente y sometida a diversas vicisitudes a partir de esa fecha. El arzobispo toledano don Pedro González de Mendoza (1482-1495), quiso convertirla en una universidad que se pudiese comparar con Salamanca. Quizá, tras este designio ambicioso, estuviese la figura de Cisneros, quien había sido su vicario general en Sigüenza. El nuevo plan universitario fue presentado a Inocencio VIII. Tras el *fiat* papal, Alcalá contaría con otras tres cátedras: *alias tres cathedras, scilicet, Theologiae, Iuris Canonici et Civilis*, además de la Facultad de Artes previamente existente. Hubo, pues, una Academia complutense, la cual dispuso de un cuadro de profesores y alumnado en 1488, a lo que parece.

El nombramiento de Cisneros como confesor de Isabel I en 1492 supuso, sin duda alguna, una notable promoción en su historial como hombre de Iglesia y, al tiempo, le facilitó un fluido acceso a la fuente del poder político. Una de las directrices principales del programa de los Reyes Católicos fue poner en marcha un proceso de «reformación» generalizado. La Universidad, en tanto que institución destinada orgánicamente a formar a las personas que ocuparían altos cargos de la sociedad, fue uno de los objetivos de esta tarea renovadora de los monarcas. Por tanto, es lógico que, cuando el ya fraile franciscano dispuso del margen jurisdiccional suficiente, decidiese llevar a efecto uno de sus sueños: la remodelación de los estudios superiores complutenses en el marco académico preexistente. Esta empresa constituía una vertiente de un plan general suyo de reforma religiosa de gran calado. Un primer paso consistiría en la creación de un organismo que proporcionase al alumnado una formación sólida y adecuada a las necesidades de los tiempos. Esta aspiración culminó tras la recepción de una carta bulada¹ de Alejandro VI, la cual contenía la aprobación del proyecto académico solicitado por Cisneros: *Unum collegium scolarium in quo Theologie² et*

¹ «*Inter cetera*». *Litterae gratiosae* de Alejandro VI. 1499, abril, 13, Roma (Madrid, Archivo Histórico Nacional, Universidades y Colegios, leg. 2, doc. 3). Estas páginas introductorias contienen un escueto resumen extraído de la obra de Ruiz García y Carvajal González (2011).

² En esta facultad era posible estudiar las tres vías: santo Tomás, Duns Escoto y los Nominalistas.

*Iuris Canonici*³ ac *Liberalium Artium*⁴ *facultates legi possint*. El éxito del proyecto dependería en gran medida de la calidad de la enseñanza impartida⁵. Para alcanzar esa meta resultaba imprescindible disponer de las herramientas de trabajo precisas. De ahí la necesidad de formar una completa biblioteca, proceder a la producción libraria y patrocinar una rigurosa versión de la Biblia de acuerdo con las líneas de investigación más exigentes y novedosas. Esta triple acción da lugar a la figura de un Cisneros refundador, editor y biblista convencido. Todos sus esfuerzos se aunaron y se complementaron con el fin de obtener mejores resultados en favor de la Iglesia, del poder político y de sus ambiciones personales.

El primer objetivo fue la creación de una copiosa «librería», de acuerdo con la denominación de la época. La gestación de este plan se puede reconstruir gracias a la conservación de un documento que es una relación contable de los gastos originados por la compra de libros⁶. Tal es la denominación técnica que le corresponde por su tipología archivística. Sin embargo, en lo sucesivo, lo designaremos «Inv. A», como forma alternativa de apelación, aunque en realidad no sea un inventario propiamente dicho. Es un escrito compuesto por quince hojas sueltas que miden 320 × 215 mm⁷. La primera hoja actual y la última se corresponden con los números XVIII y XXXII de una foliación antigua, puesto que el testimonio está incompleto. La indicación proporcionada por el sistema de cómputo y la forma de estar redactada la secuencia inicial del texto⁸ confirman la mutilación de la pieza. Tal circunstancia hay que tenerla presente a la hora de valorar la información contenida en ella, pues introduce un factor de relatividad en los datos, al condicionar los resultados que se podrían obtener de su estudio.

La escasa formación de los amanuenses en materia de libros y las dificultades de lectura e interpretación de los escritos parciales que notificaban las adquisiciones quizá expliquen los múltiples errores e incongruentes denominaciones que figuran en los asientos. El trabajo de copia ha sido realizado por diversas manos. El estilo gráfico oscila entre una modalidad gótica cursiva en su tipificación «cortesana» y una letra humanística inclinada.

³ La titulación en Derecho Canónico suponía seguir unos cursos durante seis años. El plan de estudios consistía en un programa completo sobre las Decretales y sus cuestiones.

⁴ La facultad de Artes comprendía cuatro cursos en los que se estudiaban las siguientes materias: Súmulas, Lógica, Filosofía Natural y Metafísica de Aristóteles.

⁵ La escuela teológica de Alcalá se caracterizó por acoger con entusiasmo el nominalismo y por promocionar el estudio directo de la Biblia mediante la recuperación de las fuentes en sus lenguas antiguas originarias. Éstas fueron sus mejores bazas.

⁶ Don Julián Martín Abad, prestigioso incunabulista y en su día Jefe del Servicio de Manuscritos, Incunables y Raros de la Biblioteca Nacional de España, fue el primer investigador que dio a conocer la existencia de esta interesante pieza (Martín Abad 1999).

⁷ Manuscrito Madrid, Biblioteca Nacional de España, 20056/47. Los folios han sido arrancados del libro contable al que pertenecían.

⁸ El cual se inicia así: [f. 18r] «§ En xxx de diciembre del dicho año...». La expresión remite evidentemente a una fecha citada con anterioridad.

Como es habitual en el campo de la Diplomática, la naturaleza del documento ha determinado su estructura formal. La impaginación consiste en una disposición a doble columna. La primera de ellas discurre centrada con la información textual. Los asientos suelen ir agrupados y encabezados por una secuencia a línea tendida que indica de manera irregular los siguientes datos:

- Fecha y lugar en donde se efectuó la compra.
- Nombre del proveedor.
- Nombre de las personas encargadas de gestionar la operación, llevarla a cabo materialmente y responsabilizarse del cargo.
- Importe global de la partida.

Los apuntamientos no siguen un orden cronológico, lo cual hace suponer que se trataba de un libro de asientos en el que se consignaban de manera aleatoria los datos referentes a partidas efectuadas. Las fechas extremas que aparecen registradas en el documento son el 24 de septiembre de 1496 y el 24 de septiembre de 1509⁹. Ambos términos vienen a coincidir con los límites aproximados del período fundacional del Colegio de San Ildefonso.

Cada ítem describe de manera muy imperfecta el ejemplar en cuestión. Los puntos de acceso de los asientos son varios: autor, título de la obra, características materiales de la misma y precio pagado. Es de lamentar la falta de regularidad en las descripciones de las entradas, lo cual impide obtener datos estadísticos absolutos y completos. En la segunda columna, situada a la derecha, se cuantifican los volúmenes¹⁰ correspondientes a cada entrada, dato expresado en números romanos. Al pie de la página se registra una suma parcial de los ejemplares. En la última hoja (f. 32r-v) se sustituye este tipo de información por la cantidad de dinero pagado por la compra de unos libros sobre los que no hay una noticia precisa¹¹.

A pesar de estas limitaciones, el documento es en extremo interesante pues, al testimoniar el proceso de adquisición de libros en muchos de sus pormenores, proporciona abundantes datos en lo que atañe a diversos aspectos bibliológicos. Una lectura atenta de este escrito descarnado de gastos económicos nos permite conocer los primeros pasos del Arzobispo toledano con vistas a reformar en profundidad la Academia complutense. La naturaleza de la información permite reconstruir una auténtica estratigrafía de los fondos bibliográficos: sabemos cuáles fueron los primeros títulos que engrosaron una colección en fase de constitución, los precios pagados en un gran número de ocasiones, los nombres de los intervinientes en las operaciones administrativas, los mercaderes y editores involucrados en la empresa, y un largo etc. Por otra parte, el escrito evidencia las tempranas disposiciones de Cisneros para dotar a la institución en ciernes de una nutrida y sólida biblioteca. A tal efecto, no escatimará los medios económicos

⁹ Como el documento está incompleto en el comienzo, la fecha inicial podría incluso retrotraerse.

¹⁰ En la época eran llamados «cuerpos».

¹¹ El Inv. A contiene 799 títulos más un número incierto de volúmenes citados de manera colectiva.

y trasvasará fondos para conseguir sus fines. El prelado ordenó adquirir todas las obras nuevas disponibles, lo cual indica su firme voluntad de formar una librería rica y actualizada desde los primeros balbucesos de la nueva Academia. Ahora bien, el fondo bibliográfico descrito es el fruto de la unión de libros destinados a la colección particular del purpurado con otros comprados a propósito para el centro proyectado y para la actualización bíblica. A la postre, todas las unidades constituyeron un conjunto único.

Proceso de adquisición de los libros

El procedimiento seguido para la consecución de un fondo bibliográfico consistió en la adquisición de libros por mandato explícito o tácito de Cisneros a través de unas personas delegadas para este cometido. El importe, sufragado con cargo a las cantidades obtenidas de la recaudación de tributos, era abonado por diversos oficiales dedicados a la pagaduría y resolución de asuntos contables. Por último, un camarero de Cisneros se responsabilizaba del material comprado. Como se puede comprobar por la documentación conservada, una veintena de nombres se corresponde con servidores de la Casa del Arzobispo. Quizá el prelado empleó una parte de su infraestructura eclesiástica para acometer tareas que en su día serían propias de la institución académica. El Colegio de San Ildefonso fue concebido prioritariamente por su fundador como un organismo adecuado para mejorar la formación de religiosos regulares o seculares. Este objetivo explicaría en parte la elección de algunos de sus colaboradores para la realización de trámites relacionados con los libros de una futura biblioteca. Algunos de los asientos parecen indicar que se trataba de ejemplares destinados al uso personal del Arzobispo.

La organización material de la Biblioteca según el Inventario B

Afortunadamente existe un segundo inventario próximo en el tiempo, datable entre 1510 y 1512 (Inv. B)¹². En este caso el escrito está completo. Comprende un total de 1075 entradas¹³. Quiere decirse que el ritmo de compra disminuyó a partir de la última adquisición asentada en la relación contable (Inv. A), máxime si tenemos en cuenta los ítems que registran diversos volúmenes que se pagan sin cuantificar su número y cuyo contenido no se especifica.

El Inv. B proporciona datos de interés ya que describe la posición topográfica de los libros, a diferencia de lo que sucede con el documento base (Inv. A), el cual no ofrece ninguna información respecto de la distribución de las obras por materias. Asimismo, el escrito indica el tipo de mobiliario utilizado. El término empleado en la primera parte del mismo es *pluteus*. Se trata de una estantería formada por dos cuerpos superpuestos. En la descripción se especifican los volúmenes que están en la parte superior y en la inferior. En el centro de la estancia estarían alineados diez plúteos, unos tras otros. El primero de ellos estaba dedicado a la Biblia y sus comentaristas.

¹² *Index omnium librorum bibliotece Collegii Santi Ildefonsy, oppidi Complutensis*, en Madrid, Archivo Histórico Nacional, Universidades, Libro 1090 F, ff. 33r-54v.

¹³ Algunas de ellas son adiciones más tardías. Por esas fechas la Universidad de la Sorbona, de rancio abolengo, contaba con 1722 volúmenes.

tas. Los cuatro siguientes almacenaban libros de materia religiosa, y los otros cuatro, Teología y Filosofía. El décimo estante estaba dedicado a la Medicina.

A continuación de los diez *plutei*, el autor del Inventario cambia el encabezamiento y redacta una rúbrica que reza así: *In altera parte bibliothecae que est angredientibus [sic] sinistram. In primo escano ad parietem*. El mueble ahora utilizado es llamado «escaño». Consta de un solo cuerpo y lógicamente su capacidad de almacenamiento era menor. De acuerdo con estos datos, los fondos habrían estado instalados en una sala a la que se accedía por una puerta centrada respecto del lienzo de la pared en que se encontraba. A izquierda y derecha de la misma, dos librerías contenían 85 libros en romance y 126 de autores clásicos respectivamente. En la pared situada a mano izquierda respecto de la puerta estaban colocados seis escaños adosados a aquella. Todos ellos contenían el fondo jurídico. En primer lugar los textos canónicos y, a continuación, los civilistas. Por último, en la pared opuesta, existían dos ventanas y entre ellas un mueble, el cual contenía 28 libros, en su mayoría material homilético.

Esta reconstrucción hipotética de la biblioteca nos indica que se procuró distribuir los libros de acuerdo con un plan organizativo. La división por materias no es sistemática ni responde, como es lógico, a nuestros criterios actuales. A pesar de sus deficiencias, el procedimiento aplicado revela el orden de los saberes vigentes en la época, aspecto que nos interesa salvaguardar en la medida de lo posible ya que refleja la *forma mentis* vigente. La Religión con su prolongación natural la Teología y la Filosofía encarnaba con carácter prioritario el pensamiento especulativo propio del ser racional. Pero el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, de ahí que a continuación se hubiesen colocado las obras de Medicina, textos que completan la doble naturaleza de los mortales. Tal es el contenido de los diez plúteos que constituyen una especie de columna vertebral simbólica de la biblioteca. A modo de barrera protectora y con la debida autonomía discurrían, a lo largo de una pared, los seis escaños dedicados a los dos Derechos, primero el canónico, luego el civil y, por último, el material didáctico y casuístico que facilitaba el ejercicio de la profesión jurídica (*Consilia, Repertoria, Repetitiones*, etc.). Estas obras enseñaban a aplicar la Justicia con el don de la palabra razonada. En el flanco opuesto estaba representada la oratoria sagrada, el arte de adoctrinar y de persuadir con la ayuda de una elocuencia inspirada. A ambos lados de la puerta, el lenguaje culto de una tradición clásica en alza y el idioma vernáculo en trance de ganar la partida. La disposición de los libros se asemeja por su simbolismo a los programas iconográficos que discurren por las paredes de los edificios en esa época. Hay una homología entre la cultura escrita y la artística.

Esta organización bibliotecaria no era el fruto de una colocación particular de los volúmenes, sino el resultado de aplicar procedimientos establecidos en otras instituciones universitarias prestigiosas, tales como la Sorbona parisiense¹⁴. La adaptación de modelos acreditados está en la base del esquema ideado para la biblioteca complutense.

¹⁴ Véase García Villoslada (1938, 246-247).

La Biblia Políglota Complutense

Cisneros siempre se sintió atraído por conocer de primera mano los textos auténticos de las Sagradas Escrituras. Prueba de ello fue sus contactos con un rabino judío a fin de iniciarse en la lengua hebrea durante su estancia en Sigüenza como miembro del cabildo catedralicio. Esta curiosidad intelectual se incrementó e incluso llegó a convertirse en un motivo de preocupación a causa de las numerosas variantes existentes en algunas de las numerosas publicaciones de textos bíblicos que circulaban por doquier gracias a las prensas. La alteración de las fuentes en muchos casos había quedado manifiesta a través de la aplicación del método filológico ideado y difundido por los humanistas italianos y, luego, empleado por los estudiosos en general. En este ambiente hay que situar el nacimiento de una agrupación de especialistas en lenguas antiguas –hebreo, griego, latín, siríaco– fomentado por Cisneros con el fin de comentar textos bíblicos. Los resultados obtenidos de esa labor exploratoria e informal quizá contribuyeron a forjar el proyecto de realizar una versión depurada e impresa de las fuentes sagradas de la Revelación.

A tal efecto, se adquirieron ejemplares notables desde fecha temprana destinados a una doble función: enriquecer la biblioteca universitaria y disponer de un material de primera calidad con vistas a la ejecución de una Biblia políglota. Baste con algún ejemplo. A comienzos de 1504, se realiza una operación de gran envergadura económica en Medina del Campo, centro comercial del libro por excelencia. Se trata de dos Biblias que alcanzan el precio más elevado de todo el Inv. A y que aparecen igualmente asentadas por partida doble:

[78] Dos Biblias que compró Alonso de Salinas por mandado de Su Señoría. Fecho en Medina del Campo a XI de hebrero del dicho año [1504] por LXVI ducados (24.750 mrs.). VA 31 y 32. Inv. B 6 y 7.

[799] Dos Biblias que costaron LXVI ducados (24.750 mrs.). VA 31 y 32. Inv. B 6 y 7.

Tal vez pudieran ser las dos Biblias visigóticas que tanto interés despertaron en Cisneros por la antigüedad y la calidad de sus textos. En 1508 se aprecia una intensificación en el proceso de adquisición de fuentes e instrumentos propedeúticos con el fin de proceder a una revisión de los textos sagrados. En esa fecha se hacen las siguientes compras:

[494] *Textus Biblie* en un volumen, por encuadernar, de pliego común.

[516] Los Evangelios en griego.

[526] Los Evangelios en arábigo, de pergamino, de mano, que truxo a Burgos don A[lejo] Vanegas por noviembre de 1057 [*sic*].

[527] Las Epístolas de sant Pablo en griego.

[528] Vocabulario greco.

[529] Vocabulario hebreo.

[530] Biblia ebraica.

[531] Una parte de la Biblia de letra hebraica et caldea, en pergamino, de mano, que se truxo de Talavera a Burgos por noviembre de 1057 [*sic*].

[532] *Salterium sancti Jeronimi.*

[533] *Duples Salterium.*

Una última aportación se debe a Hernán Núñez de Toledo, quien da y presenta un manuscrito de gran valor por esas mismas fechas:

[675] La Brivia, de mano, de marca mayor, en pergamino, en dos cuerpos, de letra antigua, encuadernada en tablas cubiertas de cuero negro. VA 33 y 34. Inv. B 8 y 9.

La datación de las compras confirma que en 1508 el proceso de elaboración de una nueva versión de la Biblia estaba en marcha y que se hacía acopio del material necesario. Por supuesto, los ejemplares que figuran en el Inv. A representan solo una mínima parte de los libros que se debieron de manejar en aquella labor de depuración y fijación de los textos, operación, llamada familiarmente «correctorio». Probablemente los miembros que integraban el equipo de trabajo aportaron sus propias fuentes, las cuales no formaron parte de la biblioteca universitaria. También tenemos noticias de préstamos de obras para la ocasión. Baste con mencionar las gestiones del obispo de Málaga, Diego Ramírez de Villaescusa, con el Colegio de San Bartolomé de Salamanca, la intervención del propio Papa León X ante la Biblioteca Vaticana con el fin de ceder temporalmente algunos códices o la disponibilidad del Senado veneciano en el mismo sentido.

Cisneros y la imprenta

Fray Francisco fue un decidido promotor de la tipografía ya que veía en ella un medio instrumental idóneo para alcanzar algunos de los objetivos perseguidos por él en el terreno de la reforma religiosa y de la formación de eclesiásticos. Por tal motivo, hay que considerar las empresas editoriales en el marco de sus múltiples y variadas actividades.

Sus proyectos abarcaron diversas áreas y no todos llegaron a buen puerto. Se advierte que el Arzobispo no tuvo siempre el mismo grado de implicación en el patrocinio de las publicaciones, ya que tan solo en algunas figuran expresiones que indican su participación, tales como libro «*impressus iussu...*» o bien libro editado «por mandado de ...». En las publicaciones más tardías figura un grabado xilográfico con su escudo cardenalicio.

Sus principales designios se orientaron en torno a la estampación de los siguientes autores y materias:

- Edición de la Biblia según las fuentes lingüísticas originarias (*Biblia Políglota*).
- Edición de obras de exégesis sobre las Sagradas Escrituras (Alfonso Fernández de Madrigal).
- Edición de libros litúrgicos (Breviario, Diurnal, Libro de Horas, Manual, Misal romano y mozarábico, etc.).
- Edición de libros de espiritualidad (Juan Clímaco, Ludolfo de Saxonia, Catalina de Siena, Ángela de Foligno, Ambrosio Montesino, etc.).

- Edición de obras de instrucción doctrinal (Antonino de Florencia, Antonio García de Villalpando).
- Edición de textos filosóficos (Aristóteles, Ramón Llull).
- Edición de textos propios epistolares y normativos (Constituciones).

Tales datos son significativos porque nos indican la ideación de proyectos editoriales y su proceso de gestación.

Catalogación del fondo cisneriano

En la Biblioteca Histórica «Marqués de Valdecilla» se conserva en la actualidad un cierto número de unidades de ese conjunto primitivo de manuscritos, y ello a pesar de que la historia de esta librería ha sido aciaga¹⁵. Don José Villa-Amil y Castro, archivero, bibliotecario y anticuario titulado por la Escuela Superior de Diplomática, bienintencionada institución de breve existencia, redactó en 1878 un meritorio *Catálogo* de los ejemplares existentes, el cual ha sido hasta aquí el único instrumento de acceso a ese caudal librario oriundo de la Universidad de Alcalá. Como es obvio, resultaba imprescindible actualizar una obra que ya contaba ciento cuarenta años de edad. Esa tarea se emprendió en el mes de marzo de 2017 gracias al empeño entusiasta de la Directora de la *BH*, la disponibilidad y eficaz gestión del Director de Ediciones Complutense, y la colaboración de un nutrido grupo de especialistas que han dedicado parte de su valioso tiempo a esta tarea científica. Asimismo, todo el personal de la *BH* merece una mención especial por su competencia técnica y ayuda.

La mayoría de los manuscritos que compone este fondo es de carácter universitario, por tanto su descripción encierra muchas dificultades, algunas insolubles. El equipo de trabajo ha sido compuesto por expertos en alguna de estas cuatro lenguas: hebreo, griego clásico, latín y castellano. La variedad temática de las obras, sus diversas fechas y procedencias no facilitan la tarea de establecer un protocolo de descripción uniforme en los aspectos textuales, codicológicos y paleográficos. El doctor Álvaro Cancela ha realizado una labor encomiable en tal sentido. Por supuesto, se ha procurado aunar los criterios de presentación gráfica y de contenido, respetando siempre la libertad de interpretación del material a cargo de cada uno de los colaboradores. A todos los miembros participantes en esta aventura intelectual quiero manifestarles mi profundo agradecimiento y mi admiración por su gran profesionalidad.

La composición de un catálogo de manuscritos es una tarea ardua, exigente y, por definición, imperfecta. Todos los participantes en esta obra somos conscientes de que la presente edición se enriquecerá con las aportaciones de otros estudiosos en el futuro, pues cada generación es un eslabón en el proceso de conocer a fondo el patrimonio cultural escrito. Habida cuenta de esta limitación, queda plenamente justificada la operación arqueológica de dar a conocer al público, en general, y a la comunidad universitaria complutense, en particular, las piezas manuscritas que hace unos quinientos años se fueron acumulando con vistas a crear un templo del saber y, con su frecuentación, formar a unos profesionales de excepcional valía.

¹⁵ Véase el estudio de Marta Torres en el presente *Catálogo*.

El Cardenal Cisneros compartió el sueño utópico de los humanistas desde una óptica distinta a la de estos maestros. Su actividad como fundador del Colegio de San Ildefonso, biblista y promotor de ediciones estaba orientada a desterrar la ignorancia y la falta de preparación en todos los órdenes del saber que afectaban, particularmente, a las personas que eran hombres de Iglesia. Al servicio de esta idea puso todos los medios disponibles: económicos, humanos, políticos y religiosos. Utilizó su encumbramiento personal para obtener los resultados apetecidos y supo ser un eficiente gestor de una empresa a mitad de camino entre lo divino y lo humano. Quiso reformar estructuras anquilosadas, ideas preconcebidas y conductas relajadas por la práctica secular de malos hábitos. Sin duda, se trataba de un plan ambicioso.

Por todo ello, constituye un acto de obligado reconocimiento hacia las personas que propiciaron una reforma de los estudios y que creyeron en la transmisión de los conocimientos como el medio más idóneo de progreso social. Cuando se tiene entre las manos algunos de estos libros, sabemos que son los mismos que consultaron y, a veces, anotaron sus márgenes o manuscibieron Nebrija, Hernán Núñez el Comendador Griego o Alonso de Zamora, por citar tan solo algunos nombres de la época iniciática. Ellos fueron grandes humanistas, mentes abiertas a las corrientes intelectuales más novedosas y fértiles de su tiempo, pero también fueron hombres que dedicaron su vida al estudio con el fin de ser los mejores en sus especialidades. Nuestra dificultosa investigación a través de la redacción de un *Catálogo* del fondo cisneriano es un homenaje a todos ellos.